

MIQUEL SIGUAN : ESPAÑA PLURILINGÜE
(1992)

1. La configuración de la pluralidad lingüística

Antes de la colonización romana

Cuando en el siglo II a. C. los romanos iniciaron la ocupación de la Península Ibérica, ésta estaba ya habitada por distintos pueblos. En las zonas del noroeste y el centro residían pueblos de raza céltica que habían llegado a la Península hacía ya varios siglos formando parte de las sucesivas oleadas indogermánicas que desde Asia Central se extendieron por Europa y, aunque no conocemos la lengua, o las lenguas, que hablaban hemos de suponer que pertenecería al grupo celta, del que han sobrevivido hasta hoy el bretón o el galés. En las zonas orientales y meridionales de la Península se encontraban los íberos, llegados mucho antes que los celtas, probablemente desde el norte de Africa. Y aun cuando se conservan algunas inscripciones ibéricas hasta ahora no descifradas, la verdad es que no sabemos prácticamente nada sobre la lengua, o las lenguas, que hablaban, y ni tan siquiera podemos decidir si era íbera la lengua de los habitantes de Tartessos, donde sabemos que florecía una literatura importante. Menos todavía podemos decir sobre la relación entre la lengua de los íberos y el vasco, la única anterior al latín que se ha mantenido viva hasta nuestros días. Si sabemos, por el testimonio de los toponímicos, que el vasco se hablaba en una zona geográfica que por los

Pirineos llegaba al Mediterráneo, una zona, por tanto, mucho más extensa que la actual, y ciertos indicios hacen sospechar, pero sólo sospechar, que puede estar emparentado con ciertas lenguas caucásicas actuales. Aunque también debe suponerse que a lo largo de treinta siglos el vasco habrá evolucionado de una manera tan profunda como lo han hecho otras lenguas, por ejemplo el latín, y por tanto que entre el vasco antiguo o protovasco y el euskera actual habrá diferencias sustanciales.

La ocupación romana de la Península tuvo como consecuencia la rápida difusión de la lengua de los colonizadores. El latín, la lengua de los primitivos habitantes de Roma, era otra de las lenguas de la familia indogermánica llegada a Europa en forma parecida y por la misma época que las lenguas celtas. Su rápida difusión, más que a la presión de los colonizadores, hay que atribuirle al superior prestigio de la civilización que representaba y al interés de los indígenas por incorporarse a ella. Aun admitiendo que la aceptación del latín fue más rápida en la ciudad que en el campo y en las zonas más cultivadas que en las agrestes, y que la transición implicó un bilingüismo más o menos prolongado, puede decirse que en los comienzos de nuestra era el latín ya era la lengua habitual de la mayoría de los habitantes de la Península que entonces se denominaba Hispania. Así, por primera vez en el conjunto de la Península se hablaba una misma lengua que era al mismo tiempo lengua común de todas las tierras que formaban el Imperio romano. Esta comunidad lingüística se basaba en el hecho de que, a diferencia de las lenguas indígenas, el latín era además una lengua escrita, con normas uniformes en todos los ámbitos de su utilización, a la vez que instrumento de una administración compleja y eficaz y medio de expresión de una literatura floreciente.

Pero si el latín escrito y culto era común a todos los súbditos del Imperio capaces de utilizarlo, el latín hablado en la vida cotidiana —llamado latín vulgar— variaba de unas provincias imperiales a otras y dentro de éstas de una región o de una comarca a otra. Y en esta diversificación jugaba un papel principal la influencia de las lenguas habladas anteriormente por la población y desde las que, en cada caso, habían accedido al latín. Es lo que los historiadores de las lenguas denominan la influencia del sustrato previo, que es evidente en la fonética pero también en el léxico e incluso en la morfología y en la sintaxis.

Con la progresiva decadencia del Imperio y con la disolución de su administración centralizada el proceso de fragmentación y de transformación del latín se acentuó. En la Península se establecieron los visigodos, un pueblo germánico pero ya latinizado y que además constituía sólo una pequeña minoría en el conjunto de la población, aunque fuese la minoría dirigente. Con los visigodos tanto la Administración como la Iglesia siguieron utilizando el latín escrito, pero un latín cada vez más alejado de las normas clásicas. En cuanto al latín hablado, aceleró el proceso de transformación y de diferenciaciones locales, proceso que no conocemos directamente porque no ha dejado huellas escritas, pero que podemos deducir de los desarrollos posteriores. Esta evolución habría acabado por producir variedades lingüísticas y lenguas diferenciadas en distintos lugares de la Península igual que ocurría por la misma época en distintas regiones de Europa. Pero en la Península Ibérica ocurrió un hecho singular que incidió fuertemente sobre este proceso. A comienzos del siglo X los árabes invadieron el reino visigodo y prácticamente sin encontrar resistencia ocuparon la mayor parte de la Península. Sus habitantes conocieron así la llegada de una nueva lengua y una consiguiente etapa bilingüe que en algunos lugares iba a prolongarse durante siglos.

La ocupación árabe de la Península no fue, sin embargo, completa. Los cristianos mozárabes que se resistieron a la ocupación se refugiaron en las zonas montañosas del norte de la Península, del Atlántico al Mediterráneo, y fue en estas zonas de resistencia donde cristalizaron las variedades lingüísticas que acabaron convirtiéndose en nuevas lenguas derivadas del latín. La complicada orografía de estas zonas facilitó la aparición de un gran número de estas variedades y todavía hoy en las montañas cántabras y en los Pirineos el habla de dos valles vecinos presenta diferencias apreciables, pero finalmente acabaron por concretarse cinco núcleos lingüísticos principales: el gallego, que posteriormente fue gallego-portugués, el astur-leonés, el castellano, el aragonés y el catalán. A estos cinco núcleos herederos del latín hay que añadir el vasco, que desde la llegada de los romanos en el siglo II a. C. hasta la invasión musulmana a finales del siglo X había resistido la presión del latín aunque fuese a costa de la reducción de su territorio. Una reducción que en ciertos lugares comportaría la coexistencia de las dos lenguas, el latín en las zonas llanas y más fértiles y el vasco en las montañosas y

aisladas. De hecho, el castellano se formó en una zona, Burgos y la Rioja, en la que al comienzo de la romanización se hablaba todavía vasco, y es posible que haya que atribuir a este sustrato vasco algunas de las características más típicas del castellano, como la precisión de su sistema vocálico y quizás incluso su mayor facilidad para separarse del latín en contraste con los demás romances peninsulares.

Expansión territorial y expresión literaria

Los distintos núcleos enumerados eran a la vez sistemas lingüísticos diferenciados y medios de comunicación de grupos humanos que con el correr del tiempo iban a organizarse políticamente, a entrar en competencia entre sí, y a expansionarse hacia el sur ganando terreno a los árabes en lo que se llamó la Reconquista. Y como es fácil de imaginar fue esta historia política la que en gran parte determinó la suerte de las distintas lenguas en gestación.

En un primer período fue el núcleo astur-leonés el que asumió el primer plano: la Reconquista se inició en Covadonga, o al menos esta fue la imagen que se consagró posteriormente, y los monarcas de la monarquía leonesa se consideraban herederos de la herencia mozárabe. Pero en la pugna entablada entre la monarquía leonesa y el condado de Castilla fue ésta la que impuso su hegemonía, al mismo tiempo que la expansión del castellano hacia el oeste bloqueaba el desarrollo de la que podía haber sido la lengua asturiana. En los primeros siglos de la Reconquista el castellano se extendió igualmente hacia el Este. En Navarra, a pesar de la fuerte influencia francesa y de que en una buena parte del territorio se hablaba vasco, la monarquía y la población se inclinaron por el castellano. Y lo mismo ocurrió en Aragón, impidiendo la posible constitución de una lengua aragonesa a partir del núcleo lingüístico del Pirineo central. Así, a lo largo de los siglos X y XI el castellano se extendió como una doble cuña hacia el este y el oeste al mismo tiempo que progresaba hacia el sur en las tierras conquistadas a los moros hasta llegar a ocupar toda la parte central de la Península.

En el extremo noroccidental el gallego, a pesar de no disponer de estructuras políticas propias, demostró una gran vitalidad y por la repoblación de las tierras conquistadas a los árabes se fue extendiendo hacia al sur por el borde atlántico.

★ En el otro extremo de la Península el núcleo catalán, a caballo de las dos vertientes, pues en esta región el Pirineo no constituye una barrera, dispuso de estructuras políticas propias desde que a finales del siglo X los condes de Barcelona formalizaron su independencia respecto al Imperio carolingio e iniciaron su expansión hacia el sur. No exclusivamente hacia el sur, pues durante bastante tiempo el núcleo catalán, estrechamente relacionado con la cultura occitana, soñó con afianzarse a ambos lados del Pirineo, hasta que la cruzada albigense y la liquidación de la cultura provenzal a manos de los franceses del norte a comienzos del siglo XII liquidó estas perspectivas y consagró su versión hacia el sur y por el Mediterráneo. Es cierto que esta expansión se hizo en nombre de la Corona de Aragón en la que ambas entidades conservaron sus instituciones y su lengua pero en la que Barcelona asumió la iniciativa de la expansión, lo que explica que el catalán se convirtiese en la lengua de las Baleares y de la mayor parte de Valencia.

De esta manera, a finales del siglo XIII quedaban definitivamente configuradas las líneas generales del mapa lingüístico de la Península Ibérica. En la amplia faja central el castellano ocupaba el condado de Castilla y el antiguo reino de León, o sea, lo que en la España actual se denomina Asturias, Santander, Castilla la Vieja y la Rioja, así como la mayor parte de Navarra y de Aragón, y la previsible expansión hacia el sur iba a establecerlo en Castilla la Nueva y Andalucía. El gallego había desbordado el territorio de la Galicia actual y se había extendido por lo que hoy es la zona septentrional de Portugal, con la posibilidad de seguir progresando hacia el sur. Y el catalán, además de ser la lengua hablada en Cataluña, se había extendido por el reino de Valencia y aspiraba a llegar todavía más al sur, posibilidad que sólo en parte se cumplió, y ya en el Mediterráneo se hablaba en las Baleares y temporalmente en otras islas. En cuanto al vasco, sin poseer estructuras políticas propias que participasen en la Reconquista, había quedado al margen de esta expansión territorial asegurando su supervivencia por el aislamiento.

Coincidiendo con esta expansión territorial y demográfica los tres romances peninsulares comenzaron a utilizarse para tareas administrativas sustituyendo al latín y, por tanto, en forma escrita. Al mismo tiempo empezaron sus primeras manifestaciones literarias, al principio exclusivamente en forma oral. Sabemos que en el siglo XI florecía en la Península, tanto en las tierras cristianas como entre la

población mozárabe de las ocupadas por los árabes, una poesía lírica popular de la que nos han llegado algunas huellas. También debe situarse en este siglo la composición del *Poema de Mio Cid* que sólo dos siglos después se pondría por escrito. Ya en el siglo XI se difundió una poesía culta influida por los trovadores provenzales, y tan fuerte fue esta influencia que los poetas catalanes durante mucho tiempo escribieron sus versos en provenzal. En el otro extremo de la Península, en Galicia, en el mismo siglo surgió una lírica trovadoresca que alcanzó tal prestigio que también durante mucho tiempo los poetas de León y de Castilla utilizaban el gallego en sus composiciones poéticas.

A finales del siglo XIII no sólo, como hemos dicho, los dominios territoriales de las tres lenguas estaban claramente delimitados sino que las tres se habían convertido en medios de expresión adecuados para la creación literaria y las tres daban muestras de una gran vitalidad en este sentido. La producción en gallego siguió centrada principalmente en la lírica. En cambio, el castellano, además de desarrollar una poesía culta, el «mester de clerecía», inició el cultivo de la prosa con colecciones de narraciones y crónicas históricas e incluso, con Alfonso X el Sabio, textos didácticos y científicos. Durante el siglo XII, en la Escuela de Traductores de Toledo, árabes, judíos y cristianos habían traducido al latín antiguos textos griegos para difundirlos en la Europa cristiana. Un siglo después, por inspiración de Alfonso X el Sabio, lo que se traducían eran textos orientales al castellano. En el siglo XIV la literatura en lengua castellana estuvo dominada por los versos del *Libro del buen amor* del Arcipreste de Hita y por la prosa del Príncipe Don Juan Manuel. Y en el siglo XV la tragicomedia *La Celestina* y la poesía del Marqués de Santillana representan la introducción de las ideas renacentistas. También es típicamente renacentista el esfuerzo de Nebrija por codificar la lengua castellana.

La producción literaria en catalán alcanzó también en el siglo XIII un nivel muy alto especialmente por obra de Ramón Lull, un escritor polifacético, filósofo, místico, poeta, novelista, etc., en cuyas manos el catalán se convirtió en una lengua literaria extremadamente dúctil y también en la primera lengua vulgar en la que se escribieron textos filosóficos. A una altura similar hay que situar las grandes crónicas históricas, comparables con las mejores que ha producido el Occidente cristiano. Y en el siglo XIV a autores como Eiximenis y

Turmeda. En el siglo XV se inicia el declive político de Cataluña y su producción literaria desciende también, pero en cambio en este siglo la literatura en lengua catalana alcanza sus cotas más altas en tierras valencianas con la poesía de Ausiàs March y la célebre novela *Tirant lo Blanch*. Pero es también su canto del cisne.

En cuanto a la literatura en lengua gallega ya se ha dicho que se limita a la lírica y que no sobrepasa el siglo XIII. Pero en los territorios portugueses que ya poseen una estructura política propia el gallego inicia una nueva evolución que le convierte en portugués, y pronto surge una literatura en lengua portuguesa.

2. El proceso de unificación

En 1469 tuvo lugar el matrimonio de Isabel, reina de Castilla, y de Fernando, rey de Aragón, y aunque se trataba de una unión estrictamente personal y los dos reinos conservaron íntegramente todas sus instituciones, el matrimonio puso en marcha un proceso unificador cuyas consecuencias empezaron a ser visibles durante el mismo reinado. En 1492 los reyes, que adoptaron el título de Reyes Católicos, conquistaron Granada, el último territorio que los árabes conservaban en la Península y unos meses más tarde Cristóbal Colón llegó a América y tomó posesión de sus tierras en nombre de los Reyes de Castilla. Unos años después, en 1512, Navarra se incorporó definitivamente a la Corona manteniendo también sus instituciones propias.

Es posible que los Reyes Católicos adoptasen este calificativo y no el de Reyes de España porque en su tiempo la denominación España parecía aludir todavía al conjunto de toda la Península y aunque Portugal era independiente desde 1143 nunca se habían perdido del todo las esperanzas de una eventual reunificación. Pero, de todas maneras, el hecho es que a finales del siglo XV y como consecuencia de su reinado se configuró definitivamente el mapa de España y se consagró el papel predominante de Castilla en esta configuración y en la política que llevará a la unificación interna de los territorios que constituyen este mapa. Paralelamente a este proceso la lengua castellana se convertirá en la lengua predominante del nuevo Estado y empezará a denominarse lengua española. Y la literatura en lengua castellana conocerá su época de máximo esplendor,

mientras que las restantes lenguas dejan de tener expresión literaria.

Contemplado desde una perspectiva posterior, es posible presentar este proceso como el despliegue de un proyecto previo iniciado con la Reconquista y la consecución de la unidad peninsular como forma de realización de la nacionalidad española, proyecto implícito en la herencia visigoda y asumido por los monarcas leoneses y tras ellos por los castellanos. Pero como acostumbra a ocurrir con las interpretaciones *a posteriori* de la historia, al razonar de esta manera olvidamos que las realidades aludidas no son esencias intemporales previamente existentes sino precisamente realidades históricas que emergen y se constituyen en el tiempo. Y en el caso que nos ocupa no sólo no existía la nación española sino que ni tan siquiera existía el concepto nacionalidad en el sentido que tiene hoy esta palabra, un concepto que se irá constituyendo a lo largo de la época moderna hasta convertirse en uno de los elementos fundamentales de la sociedad europea.

La defensa frente a los árabes y la progresiva ocupación del territorio ocupado por éstos fue llevada a cabo por grupos de hombres unidos por lazos de sangre y de lengua, aglutinados por fidelidades personales de tipo feudal que progresivamente se convirtieron en sistemas monárquicos. Y el hecho de que en esta lucha las distintas monarquías tuviesen un enemigo común y una justificación común, la lucha contra los infieles y la liberación de los cristianos, debía generar una conciencia común, que bien puede calificarse como de espíritu de cruzada. Y es igualmente cierto que las distintas monarquías peninsulares debían acabar entrando en conflicto luchando por los mismos territorios e intentando imponer su hegemonía. Y en esta pugna el recuerdo de la monarquía visigoda fue pronto un argumento importante, pues justificaba la ocupación de tierras a los árabes como una reconquista y justificaba al mismo tiempo la pretensión de una autoridad hegemónica para toda la Península.

Si todo esto es cierto también lo es que la Reconquista se extendió a lo largo de seiscientos años y que en este tiempo tan dilatado las temporadas de conflictos se alternaron con largos períodos de coexistencia pacífica e incluso de colaboración. Y que muy a menudo los reyes cristianos no sólo luchaban contra los moros sino que luchaban entre sí, y a veces incluso mezclaban a los árabes en sus